

## Capítulo 17: De vuelta en negro

"De nuevo de negro, me fui a la cama, he estado fuera demasiado tiempo, me alegro de estar de vuelta"

Katharina cantó junto con la música que sonaba en la radio del auto, claramente disfrutando mientras continuaban conduciendo sin problemas hacia donde pudiera estar Roxanne.

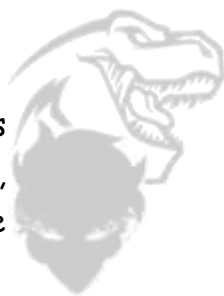
¡Gusto musical aprobado! —dijo Katharina, moviéndose de repente y tocando a Vergil, casi haciéndole perder el control del coche...

¡Oye! ¡Deja ya de tonterías! —dijo Ada, volviéndose hacia ella—. ¡Ya es bastante torpe! ¡Si sigues así, vamos a estrellar mi coche! —la regañó Ada, cruzándose de brazos—. ¿Pueden callarse un poco? Ya me están sacando de quicio —dijo Vergil, y los dos guardaron silencio al instante...

«Oh... ¿tocó la fibra sensible? Bueno, esto está mejor», pensó, pero... «Parece que se está moviendo». Vergil sintió como si Roxanne estuviera caminando, o mejor dicho, siendo trasladada... Era extraño, pero presentía claramente que algo andaba mal.

"Tengo un mal presentimiento...", murmuró. Las dos mujeres, aún en silencio, rompieron el silencio. "Si la capturan, la torturarán", dijeron al unísono.

"¿T-Torturar?", tartamudeó Vergil, casi frenando de golpe al pensar en algo así...





"Bueno, quienes cazan demonios deben tener cuidado con los clanes demoníacos, pero al parecer, a este escuadrón no le importa mucho, si es que es un escuadrón. Normalmente hay una tregua entre los clanes principales, pero parece que estos tipos son bastante activos, quizá con órdenes directas de identificar a alguien", comentó Katharina.

—Sigue tu *GPS* mental; estará bien... eso espero —murmuró Ada, descruzando los brazos y mirando por la ventana con un dejo de preocupación.

"Mientras ella esté viva, estoy bien con ello", respondió Vergil, manteniendo la vista en la carretera.

Katharina rió suavemente, inclinándose entre los dos asientos delanteros. "Vamos, Ada. Sé que preferirías que no estuviera aquí, pero dale un respiro. Si no, probablemente te habrías perdido en la primera curva".



Ada puso los ojos en blanco, pero no respondió.

Vergil sintió que una sonrisa involuntaria se dibujaba en sus labios. A pesar de todo, empezaba a disfrutar de la dinámica entre ambos, salvo por las discusiones inútiles, pero ya lidiaría con eso más tarde. Era casi como ver una comedia en directo, con él atrapado en el papel del protagonista reticente, pero no quería seguir así mucho tiempo.

"Sigamos adelante", dijo acelerando el coche.

Pasó un tiempo. Claro, tenía mucho que hacer, y el tiempo corría en su contra, pero... el tanque de combustible del auto empezó a vaciarse, y Vergil se dio cuenta de que necesitaban parar a repostar.



Vio una gasolinera a lo lejos y les hizo una señal a las dos mujeres.

"Pararemos aquí. Nos estamos quedando sin gasolina", dijo mientras maniobraba el coche para entrar en la gasolinera.

Katharina suspiró aliviada. «Por fin tengo la oportunidad de estirar las piernas. Este coche es estrecho para alguien como yo».

"¿Apretado? Por favor, es un clásico. Agradece poder viajar en él", respondió Ada, saliendo del coche en cuanto Vergil aparcó. Katharina se encogió de hombros y salió también, observando el entorno.

La gasolinera era modesta, con una pequeña tienda de conveniencia al lado de los surtidores de combustible.

Vergil salió del auto y comenzó a llenar el tanque mientras Ada y Katharina caminaban hacia la tienda.

Los observó por un momento, sintiendo una ligera sensación de paz.

Las cosas finalmente comenzaban a sentirse normales... o tan cerca de la normalidad como su vida podía llegar a ser.

Pero, por supuesto, la normalidad nunca duró mucho.

Dentro de la tienda, Ada estaba eligiendo algunas bebidas energéticas mientras Katharina tomaba algunos bocadillos.





Todo parecía tranquilo hasta que dos hombres entraron en la tienda. Eran corpulentos, con sonrisas petulantes que denotaban arrogancia y cierta vulgaridad en sus miradas.

Al ver a Katharina y Ada, ambas intercambiaron miradas y comenzaron a acercarse.

—Oye, guapa, ¿qué hace una mujer como tú en un lugar como este? —le preguntó uno de los hombres, moreno y con tatuajes en los brazos, a Katharina, con una sonrisa que le pareció seductora.

Katharina arqueó una ceja, visiblemente indiferente. "Comprando comida. ¿Qué crees que estoy haciendo?"

El segundo hombre, rubio y más alto, se acercó a Ada, ignorando por completo su expresión fría. "Eres demasiado guapa para estar sola aquí. ¿Quieres compañía?"

Ada lo miró como si fuera un insecto y luego, con una sonrisa fría, respondió: "No, gracias. Prefiero estar sola que ser molestada por idiotas".

Los hombres rieron, interpretando la respuesta de Ada como un desafío. "Creo que podemos hacerte cambiar de opinión", dijo la rubia, extendiendo la mano para tocarle el brazo.

Antes de que la situación pudiera escalar, Vergil entró en la tienda.

Acababa de terminar de llenar el tanque y tenía curiosidad de saber qué era lo que estaba tardando tanto.



Al ver a los dos hombres acosando a Ada y Katharina, algo se rompió dentro de él.

«Matar». La idea lo asaltó al instante; fue instintiva... alguien tocando a sus esposas... tocando sus pertenencias más preciadas... todo sucedió tan rápido...

Se abalanzó rápidamente, agarró al rubio por el cuello y lo jaló hacia atrás con fuerza. El grito de sorpresa del hombre fue reemplazado por un gemido de dolor cuando Vergil lo arrojó contra un estante lleno de bocadillos.

—¿Qué demonios están haciendo los gusanos? —gruñó Vergil, con voz baja y peligrosa.

El segundo hombre, al ver a su amigo zarandeado como un muñeco de trapo, intentó retirarse, pero Katharina, con una sonrisa maliciosa, estiró la pierna, haciéndolo tropezar y caer de espaldas. Antes de que pudiera levantarse, Vergil se le echó encima, con los ojos encendidos de furia.



"Veamos cuánto me ama mi marido..." pensó Katharina, ansiosa por ver cómo manejaría la situación.

—Dije, ¿qué demonios crees que estás haciendo? —repitió Vergil, apretando el cuello del hombre con tanta fuerza que empezó a sonrojarse.

—¡N-nada, tío! Solo bromeábamos, ¿sabes? No hay necesidad de ponerse así... —balbuceó el hombre, mirando a su alrededor con desesperación, buscando ayuda que no llegaba.

"¿Bromeas?", se burló Vergil, acercándolo más. "¿Tienes ganas de morir, amigo?"



Vergil derribó al hombre con fuerza y luego caminó lentamente hacia el rubio, que luchaba por levantarse del estante roto. Lo agarró por el cuello de nuevo, levantándolo del suelo con una facilidad aterradora.

"Si alguno de ustedes se atreve a tocar o incluso mirar a mis esposas otra vez, juro que estarán muertos antes de que se den cuenta de lo que pasó", declaró Vergil, con voz fría como el hielo.

Los dos hombres estaban demasiado asustados para responder, y se orinaron de miedo. Cuando Vergil finalmente los soltó, salieron corriendo de la tienda sin siquiera mirar atrás.

El silencio que siguió fue denso, interrumpido únicamente por el sonido de los bocardillos cayendo de los estantes rotos.

Katharina rió suavemente, mientras Ada simplemente sacudió la cabeza, recogiendo las bebidas que había dejado caer durante la conmoción.

—Cariño, sí que sabes decir «te quiero», ¿verdad? —comentó Katharina, visiblemente impresionada.

Vergil suspiró, frotándose la nuca mientras intentaba calmarse. «No puedo evitarlo», murmuró. «¿Qué demonios fue eso?», se preguntó.

Ada finalmente se volvió hacia él, con la mirada ligeramente suavizada. "Gracias. Pero la próxima vez, quizá podamos encargarnos de ellos sin... destruir la tienda".

Vergil se encogió de hombros. «Sé que puedes. Pero no voy a quedarme de brazos cruzados mientras alguien se mete contigo».





Katharina sonrió de oreja a oreja, visiblemente complacida con la respuesta de Vergil. "Bueno, en fin, fue divertido. Ahora, ¿qué tal si continuamos nuestro viaje?"

La pregunta seguía siendo... ¿qué acababa de pasar? Bueno...

"Aquí no pasó nada; esos dos idiotas te amenazaron y les diste una paliza", dijo Katharina delante de la cajera. "Aquí no pasó nada, y les di una paliza a esos dos tipos por amenazarme", repitió la cajera. "Así es, nunca estuvimos aquí", sonrió y saludó.

"¿Usaste eso con mi madre?", preguntó Vergil a Katharina. "Sí, por suerte, puedo usarlo sin esos extravagantes círculos mágicos; una de las ventajas de ser de Agares", sonrió como si fuera una gran ventaja.

—C-cierto —respondió Vergil, siguiendo su mirada, pero se detuvo y se agachó al ver una piruleta. Sintió una sensación extraña y la recogió—. Bueno, robar una piruleta no es nada... supongo.

—¡Oye, vámonos! —gritó Ada desde el coche.

De vuelta en el coche, el ambiente era un poco más ligero, con Katharina y Ada discutiendo sobre qué música poner en la radio mientras Vergil intentaba concentrarse en la carretera.

Con el tanque lleno y bebidas energéticas en el asiento trasero, emprendieron la marcha de nuevo. Como de costumbre, Katharina intentaba convencer a Ada de que la dejara elegir la música, mientras Ada, con la paciencia agotada, ponía los ojos en blanco repetidamente.







—¡Por favor, Ada, solo una canción! ¡Elegiste la última, así que es lo justo! — insistió Katharina, haciendo pucheros.

"Si eliges algo con más ritmo de rock, tiro la radio por la ventana", respondió Ada con tono seco.

Vergil, intentando concentrarse en seguir el rastro de Roxanne, suspiró profundamente. "¿Podemos simplemente escuchar algo y callarnos? No tenemos tiempo para esto". Lidar con estos dos se estaba convirtiendo en un verdadero desafío.

—Bien, bien... —Katharina cedió, cruzándose de brazos—. ¡Pero la próxima vez, yo elijo!

"Se muda... de Los Ángeles", comentó Vergil mientras intentaba enfocar. "Creo que se dirige a Sonora... Se adentran en el desierto", murmuró, y Ada y Katharina intercambiaron miradas.

"Territorio Neutral..." dijeron al unísono. "Territorio sin jurisdicción, Ángel, Demonio o Ángel Caído... Eso significa..." murmuró Ada.

"Es probable que planeen ejecutarla sin causar ningún problema diplomático, considerando que está 'fuera de su territorio'", agregó Katharina.

"¿No pertenece a un clan grande?", preguntó Vergil, recomponiendo lo que había aprendido hasta el momento. Pero...

"Probablemente no ha revelado su nombre", explicó Katharina. "Evitamos compartir nuestros nombres para evitar problemas. Probablemente se niega







a hablar, incluso bajo tortura. Es firme en sus decisiones... quizás incluso testaruda, por decirlo suavemente".

—¡Deja de contarle detalles inútiles! —espetó Ada, irritada—. ¡Ese idiota testarudo seguramente escuchó algo importante y preferiría morir antes que admitir la verdad!

Ada se volvió hacia Vergil con expresión seria. «Vergil, olvídate de las leyes. ¡Pisalo!».

—Pero... —empezó Vergil.

¡Corre grave peligro! —gritó Ada, y Vergil pisó a fondo el acelerador.

"Vamos a atrapar a esa chica testaruda", murmuró Ada, su preocupación ahora innegable.

-----

¡Oye, recuerda usar tus Boletos Dorados y Piedras de Poder para ayudar a que el trabajo alcance nuevas alturas!

